

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 10 DE MAYO DE 1931

NUM. 19



LA ASCENSION DEL SEÑOR

LA ASCENSION DEL SEÑOR

CON MAMÁ

«Y sacólos fuera hasta Betania, y alzando sus manos los bendijo. Y aconteció que bendiciéndoles, se fué de ellos, y era llevado arriba al cielo.» (Lucas 24, 50, 51.)

La gran obra de la Redención del mundo estaba ya consumada.

La tierra no debía retener más al Salvador.

Había llegado la hora de recobrar su gloria, de ocupar de nuevo a la derecha de su Padre el lugar de donde su infinito amor hacia nosotros le había hecho descender durante un tiempo.

Plugo a Jesús elevarse a las moradas eternas en presencia de sus discípulos: «Viéndole ellos, fué alzado; y una nube le recibió y le quitó de sus ojos. Y mirando al cielo entre tanto que El iba, he aquí dos varones se pusieron junto a ellos en vestidos blancos, los cuales les dijeron: Varones galileos, ¿qué estais mirando al cielo?»

Lo que acontece al otro lado de la nube, no podía ser expuesto a las miradas de los mortales.

Es suficiente a los Apóstoles saber que su divino Maestro «regresaba a su Padre»; que había ido a recobrar el puesto que ocupara antes de todos los siglos, y a prepararles allí un lugar.

Porque no entraba solamente en el cielo para recibir la gloria que le era debida; entraba también como nuestro Precursor, para abrírnos camino.

Desde entonces, cuantos han creído en este divino Salvador; cuantos han buscado en El, y sólo en El, su salvación y su vida son elevados sucesivamente a su encuentro.

La pequeñita Lucía empieza ya a hablar; por eso su tía desea que su adorada sobrinita aprenda a decir una oración.

La mamá no se muestra muy conforme. La niña, dice, no debe aprender nada que no entienda.

Sin embargo, la tía se empeña en ello, y cuando lleva a su sobrinita a la cama, la hace que repita las palabras que ella le va diciendo:

«Oh buen Dios, bendice a mis padres, hazme una niña buena y piadosa.»

Con gran alegría ve que la niña lo repite con aplomo y sin equivocarse; pero cuando a continuación tiene que decir: «para que me lleves contigo al cielo», Lucía enmudece.

A pesar de las amonestaciones y ruegos que le hace, la boquita de la niña permanece cerrada.

Cansada ya de la terquedad de Lucía y queriendo obligarla a continuar su oración, la niña prorrumpe en un desconsolado llanto, exclamando: «Yo quiero quedarme con mi mamaita».



LA BANDERA ROJA

Un maquinista dió un día a su hija para divertirla, una bandera colorada, explicándole que, en los ferrocarriles, la bandera roja era señal de peligro.

—Entonces, papá, si tú vieses una bandera colorada sobre la vía ¿pararías inmediatamente el tren?

—Ciertamente—dijo el padre—de lo contrario sucedería una gran desgracia.

El padre salió y la criatura se fué hacia su mamá, a la cual encontró llorando.

—¿Por qué lloras, mamá?

Pero ella no recibió ninguna contestación.

La niña vió sobre la mesa una botella medio vacía, de la cual salía un fuerte olor de alcohol.

—Oh, mamá, yo sé por qué lloras—exclamó ella.—Papá tomó otra bebida antes de salir a su servicio, tienes miedo, ¿no es cierto?

La mamá hizo una señal afirmativa, y, al cabo de un algún rato, añadió:

—Todo lo que digo es inútil, cada día bebe un poco más y se va a la ruina. Estoy segura que dentro de poco será despedido de su empleo, y entonces ¿qué haremos?

La niñita se quedó muy pesativa. Retirada en un rincón de la habitación, se preguntaba a sí misma lo que podría hacer detener a su papá e impedirle continuar bebiendo. De repente le vino una buena idea.

Al día siguiente, cuando el papá quiso beber antes de ir al trabajo vió atada a la botella «la bandera colorada» que denotaba peligro.

El padre comprendió todo y volvió en sí mismo.

La bella niñita de rubios cabellos había salvado a su padre.



EL HERRERO DE CALABAZAS

Vivía una vez un herrero con su esposa y tres hijas en un pueblo de Castilla. Era muy pobre y apenas ganaba para vivir.

Una noche muy fría del mes de Enero llamó a la puerta una pobre anciana y pidió permiso para dormir allí aquella noche. El herrero, que tenía muy buen corazón, hizo entrar a la pobre anciana, que cenó y durmió allí.

A la mañana siguiente la anciana, que estaba muy agradecida, le dijo al herrero:

—Yo soy un hada: pídamme usted tres gracias y se las concederé.

El herrero, que tenía buen humor, le dijo después de reflexionar un momento:

—En primer lugar, quiero que ninguno que se siente en esa silla de hierro, pueda levantarse si yo se lo prohibo. En segundo lugar, quiero que ninguno que se suba a ese peral que esta en mi patio, pueda bajarse si yo se lo prohibo. En tercer lugar, quiero que ninguno que toque el picaporte de mi puerta, pueda soltarlo si yo se lo prohibo.

—Muy bien—dijo el hada—todas las cosas que usted ha pedido le son concedidas.

Después de decir estas palabras el hada desapareció.

Habían pasado algunos meses desde que el hada estuvo en casa del herrero, y éste, que había estado sin trabajo mucho tiempo, no tenía dinero para mantener a su familia, y estaba desesperado.

Era tan grande la desesperación del pobre hombre, que una noche que iba a acostarse sin cenar dijo en alta voz:

—Por un año de felicidad daría el alma a Satanás.

En aquel momento se presentó delante de él un hombre de ojos brillantes vestido de rojo, embozado en una capa negra, el cual le dijo:

—Yo soy Satanás: si usted mantiene su promesa yo le daré todo el dinero que usted quiera.

—Muy bien—dijo el herrero—necesito un millón de pesetas.

—Aquí están—dijo Satanás, y le entregó un talego lleno de oro.—De aquí a un año mandaré a uno de mis diablos por usted—y desapareció como por encanto.

El pobre herrero estaba tan contento con su dinero que no pudo dormir en toda la noche.

Al día siguiente, compró tierras y una magnífica casa, y empezó una vida llena de placeres, sin acordarse más de Satanás ni de su promesa.

Los días pasaban alegres. La esposa y las hijas del herrero tenían lujosos vestidos y joyas de mucho valor.

El herrero tenía muchos criados y varios coches. El herrero y su familia eran muy felices.

Ya habían pasado trescientos sesenta y cuatro días cuando una noche al acostarse el herrero encontró en su cama una carta dirigida a él.

La abrió con mano temblorosa y leyó lo siguiente:

«Amigo mío:

Mañana a las doce se cumple el plazo de nuestro pacto. Prepárese usted para el viaje.

Su buen amigo, Satanás.»

El pobre hombre casi se murió de miedo al leer la carta; pero se decidió decir a su esposa y a sus hijas que a la noche siguiente debía partir con un amigo para un largo viaje.

A la noche siguiente, a las doce en punto, estaban todos reunidos para des-

pedir al herrero. Su esposa y sus hijas estaban muy tristes. De pronto alguien llamó a la puerta, tran tran.

—Abra usted la puerta, Juan—dijo el herrero a un criado—y haga entrar al caballero.

Pocos momentos después se presentó en la sala un caballero de ojos brillantes embozado en una capa negra.

Saludó cortésmente al herrero, a su esposa y a sus hijas. Entonces preguntó al herrero si estaba listo para el viaje.

El herrero respondió:

—Sí, cuando usted quiera. Pero parece que esta usted muy cansado; siéntese a descansar un momento.

El diablo, a quien le gustaron las hermosas hijas del herrero, se sentó en la silla de hierro.

Entonces el herrero se acordó de la vieja hada y de las tres gracias que le había concedido, y dijo:

Le prohibo que se levante de esa silla.

El diablo trató de levantarse, pero no pudo. Entonces el herrero tomó un buen palo de roble que tenía en su cuarto y le dió al diablo una buena paliza.

—Déjeme levantarme—gritaba el pobre diablo—y le prometo no volver por aquí en toda mi vida.

Entonces el herrero le dejó marcharse. El herrero explicó a su mujer y a sus hijas el pacto que había hecho con Satanás.

Cuando el diablo llegó al infierno, le contó a Satanás lo que le había pasado con el herrero.

Satanás lleno de rabia, le dió un puntapié y dijo que el mismo iba por el herrero.

(Concluirá)